

creador de la imaginación en el lenguaje por la intervención de un factor ya estudiado; el pensamiento por analogía, fuente abundante de metáforas que á veces son muy pintorescas. Un niño llamaba „puerta” al tapón de la botella; á una monedita la designaba un pequeño americano con el nombre de „baby dollar”; otro al ver el rocío entre la hierba dijo: „El cespced llora.”

La extensión del sentido de las palabras la han estudiado Taine, Darwin, Preyer y otros, y han demostrado que su mecanismo psicológico depende tanto de la percepción de la semejanza como de la asociación por contigüidad, las cuales aparecen y se estremezcan de un modo imprevisto. Así, un niño aplica la palabra *Mamzo*, primero á su nodriza, después á una máquina de coser que esta tenía, luego por analogía á un organillo que vió en la calle acompañado de un mono, y por último á todos sus juguetes que figuraban animales (1). Nosotros hemos referido ya en otra parte muchos casos análogos en los que se distingue perfectamente la diferencia fundamental entre el pensamiento por imagen y el pensamiento racional.

Para concluir por el momento, la imaginación es la facultad soberana y la forma más alta del desarrollo intelectual; trabaja en dos direcciones: en la primera y principal crea los juegos, inventa, las novelas y extiende el lenguaje; en la otra dirección, que es secundaria, contiene un germen de pensamiento y arriesga una explicación quimérica del mundo, que aun no la es dado concebir según nociones abstractas y las leyes de la naturaleza.

(1) Sully, obra citada, pág. 164.

CAPÍTULO III

EL HOMBRE PRIMITIVO Y LA CREACIÓN DE LOS MITOS

Llegamos á un momento único en la historia del desenvolvimiento de la imaginación, á su edad de oro. En el hombre primitivo, encerrado todavía en la vida salvaje, ó cuando no ha dado aun más que los primeros pasos hacia la civilización, la imaginación alcanza su plena eflorescencia en la creación de los mitos. Causa verdadero asombro considerar que los psicólogos, obstinadamente atados á la estética, hayan olvidado una forma de actividad tan importante, tan rica en noticias acerca de la naturaleza de la imaginación creadora. ¿Dónde hallar, en efecto, condiciones más favorables para conocerla?

El hombre antes de la civilización es un imaginativo puro, es decir, que la imaginación señala el apogeo de su desarrollo intelectual, no la excede (1);

(1) Al hombre primitivo se le ha definido «aquel para el cual los datos de los sentidos y las imágenes son superiores á las concepciones racionales». Según estos, muchos poetas, novelistas y artistas contemporáneos serían seres primitivos. El estado mental de los individuos no basta para enunciar esta determinación, es necesario también tener en cuenta la simplicidad del medio social.

pero no es ya ningún enigma como en los animales, ni una fase transitoria como en el niño civilizado que camina rápidamente á la edad de la razón, es un estado fijo, permanente, que dura toda la vida.

Se nos revela en su plena espontaneidad, tiene libre su vuelo, puede crear sin imitación ni tradiciones, no está esclavizada por ninguna forma convencional y es soberana absoluta y dominadora. Como el hombre primitivo no tiene conocimiento alguno de la naturaleza y de sus leyes, no vacila en dar cuerpo á las mas locas imaginaciones que surgen en su cerebro. El mundo no es para él un conjunto de fenómenos sometidos á reglas, nada le limita, ninguna cosa le pone trabas.

Este trabajo de la imaginación pura entregada á sí misma, y no adulterado por la intrusión y la tiranía de los elementos racionales, se traduce en una sola forma: la creación del mito, obra anónima, impersonal é inconciente, que, en tanto que dura su reinado, todo lo sustituye y lo encierra todo: religión, poesía, ciencia, historia, legislación y filosofía.

Los mitos no tienen solo la ventaja de ser encarnación de la imaginación pura, sino que permiten también á los psicólogos estudiarlos objetivamente. Gracias á los trabajos del siglo XIX, los mitos ofrecen una materia de estudio casi inagotable. Lo mismo que las edades precedentes los han olvidado, desconocido, desfigurado y con mas frecuencia desdeñado como aberraciones del espíritu del hombre, indignos de consagrarles media hora de trabajo, en nuestros días no es menos indispensable llamar la atención sobre su interés é importancia aun para la psicología, que no ha sacado de ellos todo el provecho que era de esperar.

Pero antes de emprender el estudio psicológico de la génesis y de la formación de los mitos, considerados como una manifestación objetiva de la imaginación creadora, es preciso recordar sumariamente las hipótesis admitidas en la actualidad acerca de su origen. Dos son las principales: una etimológica, genealógica ó linguística; y otra etno-psicológica ó antropológica (1).

La primera, de la que el principal campeón (no el único) es Max Müller, sostiene que los mitos provienen de una «enfermedad del lenguaje», las palabras se han convertido en cosas; «nomina numina». Esta transformación es efecto de dos causas capitales: 1.ª la polionimia, muchas palabras para una sola cosa; así al sol se le nombra con mas de veinte términos en los *Vedas*: Apollón, Phaéton y Heracles son tres personificaciones del sol; Varouna (la noche) y Yama (la muerte) expresan en su origen un mismo concepto, y han llegado á ser con el tiempo dos divinidades distintas. Pronto cada palabra tiende á convertirse en una entidad, teniendo sus atributos y su leyenda propia.

2.ª La homonimia: una sola palabra para muchas cosas; un mismo término, "brillante", designa la aurora, una fuente, la primavera, etc., lo cual es otra causa de confusión; agreguemos á esto las metáforas tomadas en sentido literal, los juegos de palabras, los contrasentidos, etc., etc.

Los adversarios de esta doctrina sostienen que, en la formación de los mitos, las palabras represen-

(1) Recordemos también la tesis exhemérica de Herbert Spencer, reproducida ultimamente por Grant Allen: *She Evolution of the idea of God* (1897), la cual relaciona todas las concepciones religiosas y míticas á un origen exclusivo: el culto de los muertos.

tan apenas un 5 por 100. Valga lo que quiera esta aserción, lo cierto es que la explicación puramente filológica no tiene valor alguno para la psicología; no es ni verdadera ni falsa, ni resuelve el problema que deja á un lado. La palabra no es más que una ocasión y un vehículo; sin el trabajo del espíritu que la suscita, nada vale; así lo ha reconocido el mismo Max Müller recientemente (1).

La teoría antropológica, más general que la anterior, ahonda mucho más también en los orígenes psicológicos, y nos conduce de nuevo á las primeras épocas del espíritu humano. Considera al mito, no como un accidente de la vida primitiva, sino como una función natural y como un modo de actividad propia del hombre durante determinado período de su desenvolvimiento; después de este período las creaciones míticas parecen absurdas y con frecuencia inmorales porque son cosas de un tiempo remoto que sobreviven conservadas y consagradas por la tradición, las costumbres y el respeto á la antigüedad. Según la definición que me parece mejor adaptada á la psicología, "el mito es la objetivación psicológica del hombre de todos los fenómenos que le es dado percibir (2)"; es una humanización de la naturaleza según los procedimientos congénitos de la imaginación.

¿Son irreconciliables estas dos doctrinas? No lo

(1) «Deseando caracterizar brevemente la mitología en su naturaleza íntima, la he llamado enfermedad del lenguaje más bien que enfermedad del pensamiento; la expresión extraña y escogida adrede, como destinada á llamar la atención y á provocar la controversia; para mí el lenguaje y el pensamiento son inseparables, etc. (*Nouvelles études de Mythologie*).

(2) Vignoli, *Mito e Scienza*, pág. 27.

creo, si se acepta la primera como una explicación parcial; en todo caso las dos escuelas coinciden en un punto importante para nosotros: la materia de los mitos la suministra el espectáculo de los fenómenos naturales, y comprende todos los grandes acontecimientos humanos (nacimiento, enfermedades, muerte, etc., etc.), es, en fin, el factor objetivo. La creación de los mitos tiene su razón de ser en la naturaleza de la imaginación humana, la cual es el factor subjetivo. No se puede negar que la mayor parte de los mitólogos, participan de una inclinación evidente que les lleva á conceder más importancia al primer factor, y esto consiste en que les falta un poco de psicología.

Las vueltas periódicas de la aurora, del sol, de la luna y las estrellas, los vientos y las tormentas, influyen también, según creemos, en los monos, los elefantes y otros animales tenidos por los más inteligentes; ahora bien, estos fenómenos naturales, ¿han inspirado los mitos? Al contrario, "la sorprendente monotonía de las ideas que las diferentes razas se han formado de las causas últimas de los fenómenos, y del origen y del destino del hombre, nos dice bien claramente que la multitud de mitos que han forjado se reducen á un pequeñísimo número de tipos (1)"; muestra además que es la imaginación humana la que desempeña el principal papel, y en suma, que esta imaginación, que nos complacemos en considerar tan rica, es muy pobre comparada con la fecundidad de la naturaleza.

Estudiemos ahora la psicología de esta actividad

(1) Marillier, Prólogo á la obra de Lange *Myths, ritual and Religion*.

creadora, reduciéndola á dos cuestiones: ¿Cómo se forman los mitos? ¿Qué marcha ha seguido su evolución?

I

La psicología de la génesis del mito y del trabajo que le ha hecho florecer, pueden, teóricamente y para facilitar el análisis, reducirse á dos momentos principales: el de la creación propiamente dicha, y el de la invención novelesca.

I.—El momento de la creación supone dos operaciones inseparables, pero que es preciso describir separadamente: la primera consiste en animarlo todo, y en calificarlo todo la segunda.

Animarlo todo, es decir, atribuir la vida y la acción á todas las cosas, representarse todo como vi- viendo y actuando, hasta las montañas, las piedras y otros objetos incapaces de movimiento alguno. De esta tendencia, innata é irresistible, existen tantas pruebas de hecho, que cualquiera enumeración sería inútil: *es la regla general*. Los testimonios recogidos por los mitólogos y los viajeros llenan muchos y abultados volúmenes.

Semejante estado de espíritu no pertenece sólo á las edades remotas, existe todavía, es contemporáneo, y, para verlo, no es necesario ir á perderse en los países vírgenes é inexplorados, se hallan de él muchas supervivencias hasta en los pueblos civilizados: "en fin, dice Tylor, hay que convenir en que, para las razas inferiores de la humanidad, el sol y las estrellas, los árboles y los ríos, los vientos y las nubes se convierten en criaturas animadas que viven como los hombres y las bestias llenando sus funciones especiales en el universo, ó bien que cuanto

los ojos humanos pueden alcanzar no es más que el instrumento ó la materia de que dispone algún ser prodigioso, análogo al hombre, que se oculta detrás de las cosas visibles. Las bases sobre las cuales descansan tales ideas no pueden reducirse á las proporciones de una fantasía poética ó de una metáfora mal comprendida, sino que se apoyan en una vasta filosofía de la naturaleza que, aunque ruda y primitiva, es seria y consecuente (1)".

La segunda operación del espíritu, inseparable como ya dijimos de la primera, atribuye á los seres imaginarios cualidades diversas, pero todas importantes para el hombre; dichas cualidades son buenas ó malas, útiles ó perjudiciales, débiles ó poderosas, clementes ó inexorables. Se queda uno estupefacto ante la multitud de esos genios sin número á los cuales ni un fenómeno natural, ni acto alguno de la vida, ni forma ninguna de enfermedad se les escapa; y esas creencias permanecen inmutables hasta en las tribus que se hallan en contacto con las viejas civilizaciones (2). El hombre primitivo vive y se mueve en las quimeras incesantes de su imaginación (3).

(1) *La Civilisation primitive*, I, pág. 326.

(2) Consúltese acerca de este punto la obra tan rica en documentos de W. Crooke, *The popular Religion and Folklore of northern India*, 1897.

(3) «El indio que recorre la *Montaña* no se siente nunca solo, legiones de seres le acompañan; la naturaleza entera, á la cual presta un alma, le habla en el ruido del viento y en el estruendo de las cascadas; el insecto como el pájaro, todo, hasta la rama que se dobla húmeda por el rocío, tienen para él un lenguaje y una personalidad distinta y clara. La selva se anima en sus profundidades, tiene sus caprichos y sus cóleras, aparta la maleza ante los pasos del cazador ó bien la cierra estrechamente, atrayéndole á los pantanos pestilentes ó á los barrancos sin salida en donde duendes y trasgos miserables agotaran con él todos sus maleficios y, pegando sus labios á las heridas que le hicieron los espinos, beberán su sangre. El indio sabe todo esto, y conoce por sus nombres tan temibles genios». Monnier, *Des Andes au Para*, pág. 300.

Por último, el mecanismo psicológico del momento de la creación es muy sencillo, depende de un factor único ya estudiado: el pensamiento por analogía. Se trata en primer término (y esto es lo esencial) de concebir seres iguales á nosotros, vaciados en nuestro molde, cortados por nuestro patrón, sintiendo y haciendo como nosotros, después de haberlos determinado y calificado según los atributos de nuestra naturaleza misma. La lógica de las imágenes, muy distinta de la lógica de la razón, deduce de una semejanza subjetiva una semejanza objetiva, tiene por semejante lo que le *parece* semejante, y atribuye, á un enlace interno entre las imágenes, el valor de un enlace externo entre las cosas, de aquí el desacuerdo entre el mundo imaginado y el mundo real. "Las analogías, que para nosotros no son más que fantásticas, eran para el hombre de las edades pasadas la realidad". (Tylor).

II.—En la génesis de los mitos, el segundo momento es el de la invención novelesca; las entidades toman cuerpo, tienen su historia, sus aventuras y se convierten en asunto de una novela. Los pueblos de imaginación pobre y seca no alcanzan este segundo período; así la imaginación de los romanos poblaba el universo de una cantidad innumerable de "Genios"; no había objeto, acto ni detalle que no tuviera el suyo; los hay para el trigo que germina, para el que brota, para el que madura y para el que tiene tizón; tienen genios la puerta, sus goznes, su cerradura, el umbral, etc.; es una miriada de entidades nebulosas y amorfas, el animismo cristalizado en su primera etapa; la abstracción ha matado aquí á la imaginación.

Esas leyendas y narraciones de aventuras que

constituyen la mitología, ¿quién las ha creado? Probablemente inspirados, sacerdotes ó profetas; quizá han salido de sueños, de alucinaciones y de delirios de la locura; se derivan de muchas fuentes. Sea el que quiera su origen, son la obra de espíritus imaginativos por excelencia (ya les estudiaremos después), los cuales, en frente de un acontecimiento cualquiera, *deben* por razón de su naturaleza forjar una novela.

Además de la analogía, esta creación imaginativa tiene por resorte principal la forma de asociación anteriormente descrita con el nombre de "constelación". Ya sabemos que consiste en que la evocación de un grupo de imágenes es, en ciertos casos, el resultado de una tendencia que prevalece en un momento dado entre otras muchas posibles. Esta operación ha sido expuesta teóricamente con algunos ejemplos individuales en su apoyo (1); pero, para apreciar su valor, es preciso verla actuando en grandes masas; los mitos nos proporcionan la ocasión de hacerlo.

Ordinariamente se estudian los mitos en su desenvolvimiento histórico, según su distribución geográfica ó su carácter étnico. Si se procede de otro modo, si se considera que su materia, es decir, el reducido número de los temas sobre los cuales ha trabajado la imaginación humana (fenómenos celestes y terrestres, diluvios, origen del universo y del hombre, etc., etc.), sorprende la gran riqueza de sus variaciones. ¡Cuánta diversidad en los mitos solares ó de la creación, del agua y del fuego! Estas variaciones son debidas á causas múltiples que han orientado á la imaginación ya en un sentido ó en otro. Señala-

(1) Véase la primera parte, cap. III.